

# HABANA ELEGANTE

Por MIGUEL BAGUER

## LA MUERTE DE ENRIQUE FONTANILLS

La muerte de Enrique Fontanills—¡qué temblor en nuestra pluma al escribir hoy!—ha conmovido profundamente a la sociedad cubana. El maestro y creador de la crónica social habanera dejó de existir anoche entre el dolor de su esposa, de sus hijas. Cuando se esparció la noticia por nuestros salones hubo un instante de honda emoción. Y es que Fontanills ha sido—justo es proclamarlo—el hombre más admirado y más querido del gran mundo habanero. Expresión magnífica de la auténtica simpatía criolla, «Clubman» perfecto. Delicioso «causéur». Amigo fraternal, leal, noble y generoso, supo pasear su humanidad al través de la vida cosechando la estimación y el cariño de todos. Es difícil hallar una sola persona enemiga del maestro. Y, si existió, él supo convertirlo en su amigo, mostrándole toda su generosidad y su franqueza.

En el año 1877 escribió, por vez primera una crónica social. De entonces acá a ese sector del periodismo de dicó todas sus actividades.

Como homenaje a quien fué excelente camarada, queremos dar a la publicidad una entrevista en la que Fontanills dió a conocer—por vez primera—todos los detalles de su vida periodística.

Con Fontanills hemos vivido días plenos de alegría en fiestas y saracs. Eran otros tiempos en que disfrutábamos su grata y sabrosa charla, sus anécdotas plenas de interés, en unión de camaradas simpáticos: Enrique Uthoff, Federico Fabre, Miguelito Valdés, Montalvo, Luis Díaz, Piquín Fontany...

Nuestros lectores no conocen aún cómo escribía entonces el gentil maestro sus brillantes crónicas sociales. Lo hemos visto casi a diario, llegar a la una de la madrugada a la redacción del «Diario de la Marina», de frack o smoking, la cara sonriente sobre la pechera de albura impecable. Regente y redactor de guardia surgían ante su paso con gesto de desesperación, y Fonta, sin perder la calma, sin perder la ecuanimidad, les ofrecía la mejor de sus sonrisas, se instalaba majestuosamente ante su mesa de trabajo, extendía su pañuelo para defender la cándida albura de su chaleco cruzado, depositaba serenamente sobre la mesa el paquete de los cigarrillos, la caja de fósforos, su valioso reloj de platino extra-plano, y encendía sin inmutarse un «arroz con boquilla». Empezaba entonces don Enrique a



poner negro sobre lo blanco, con una letra maravillosa, curvilínea, casi gótica, sin una sola tacha, extrayendo de su prodigiosa memoria nombres, hechos y sus famosos adjetivos....

Así, de prisa, un día y otro día, Fontanills ha llenado en las columnas del «Diario» kilómetros de crónica, y ha pasado al través de su pluma de oro la historia de la República: fiestas y lutos, bautizos y entierros, noviazgos y matrimonios.

El admirado y admirable redactor de las «Habaneras» prepara un libro interesantísimo, por cuyas páginas desfilarán importantes acontecimientos sociales del buen tiempo viejo. He aquí cómo el dilecto «confrere» piensa dedicarse a la historia. Para nosotros es ésto un contrasentido, ya que no podremos imaginarnos nunca a nuestro compañero como imaginamos siempre a los historiadores. El historiador es siempre, o casi siempre un señor miope en exceso y descuidado en el vestir que vive entre libros apolillados, naufragando en mares de tomos espesos, de prosa amazacotada, que escribe con pésima letra, y usa pluma, las clásicas plumas de ganso, por ser demasiado ligera para la lentitud solemne de sus pensamientos la elegante puntilla de acero. El historiador es también un señor de calva reluciente en cuyo desierto no existe el oasis de un pelo, y sobre cuyas manos sarmentosas y corrugadas se

nota una exuberante vegetación de pelos. Sin embargo, nuestro Fontanills triunfará de una manera rotunda y definitiva pese a que es el tipo opuesto al historiador.

Sus primeros pasos en la prensa los dió como cronista de sport, en un periódico de estudiantes. Pasó luego al «Liberal» de Alfredo Martín Morales, Rafael Pérez Cabello (Zerep), y Pancho Varona Murias, donde Aniceto Valdivia ya hacía gala de su claro talento y de su vasta cultura, traduciendo folletines; de «El Liberal» a «La Habana Elegante» de En. Sarachaga de allí a «El Fibaro», de Manuel Serafín Pichardo y Ramón A. Catalá; luego a «La Discusión», de Santos Villa, de ésta al «Diario de la Marina», donde don Nicolás Rivero prestigiaba con su amplio talento periodístico y su venerable figura de hidalgo español la dirección del periódico. En esa Redacción se quedó definitivamente, y le encomendaron la gacetilla, que hizo famosa el última gran gacetillero en Cuba: Jacobo Domínguez Santí.

La gacetilla era una sección del periódico verdaderamente curiosa, una especie de rastro, ya que lo mismo se anunciaban las píldoras Chaptout para personas obesas, que se publicaba el proyecto de un ferrocarril de Rusia a la Habana. Tenían cabida en ella los cantares gitanos, los chistes abracadabrantes, las anécdotas baturran, y se enteraban por

ella los interesados que en la Iglesia del Angel se vacunaba de 1 a 2 de la tarde, y se anunciaban al público los teneadores con cabo de hueso, para comer mangos sin mancharse la cara ni las manos.

Pero, comencemos la entrevista, la más temible de las armas periodísticas.

—Poco duré—nos dice el galano cronista—en la gacetilla; días después de ingresar en el «Diario» inicié en el periódico la sección exclusivamente social que se llamó «Habaneras», después de haber desechado, luego de haberlos usado durante varias semanas, los títulos de «Vida Social», «Notas de Sociedad», etc.

Llamé a mi crónica «Habaneras» porque ese título localiza y a un tiempo abarca notas de toda clase; de las netamente social a la de arte. Las «Habaneras» fueron antes semanales, luego diarias más tarde beldades con la salida del «Alcance», hoy nuevamente, diarias...

La fiesta más suntuosa a la cual asistí? La que tú has desempolvado hace días: el baile que la nobleza cubana dió a la Infanta Eulalia, que en representación de la Casa Real de España se dirigía a la Exposición de Chicago.

Aquella noche, en la Quinta del Conde de Fernandina, en el Cerro, se vió reunida toda la nobleza de aquel tiempo, todas las bellezas de la época. Los caballeros lucían en el pecho, como constelaciones luminosas, las placas de las órdenes caballerescas, los collares y las bandas honoríficas, y las damas llevaban en el peinado la corona de su título.

Fué en mi vida de cronista, una fiesta única, mejor dicho una trinidad de fiestas porque, además del baile, la sociedad cubana ofreció a la Infanta Eulalia y a su consorte el Infante Don Antonio, un «garden party» en la Quinta de los Molinos, organizado por el Marqués de Cervera y en «Tacón» una noche de gala, en la que se representó por una compañía italiana de la cual era estrella Pina Pinetti, la opereta «Il venditore d'ucelli».

Desgraciadamente, si las fiestas fueron esplendorosas, no puede decirse lo mismo del estado del Palacio. La Infanta en sus memorias se queja del abandono en que se encontraba el edificio, al cual perfumaba una cercana bodega con un olor que la hacía tener pesadillas de espanto y de tragedia; olor terrible que ascendía hasta la pituitaria realísima de Su Alteza, produciéndole aristocráticas náuseas. Era en verdad insoportable.

Además los mosquitos galopaban frenéticos alrededor de la alcoba, es, perando con torva y alerta mirada, y con espíritu maligno, la llegada

de la Infanta, para acribillarla con sus picadas miserables.

¿.....?

No, nunca existió en Cuba la simpática costumbre europea del refresco en los entreactos. Carecen nuestros teatros, y han carecido siempre, del antepalco que las abonadas adornan a su gusto, como un saloncito acogedor y amable, en el cual se hace alegre «causerie»... Pero por lo pasado había en la Habana más afición. Quien ha asistido a ellas no puede olvidar las noches del viejo teatro «Tacón», cuando trabajaban las compañías de ópera italiana de Napoleón Sieni, con el famoso tenor Rawner, y la famosísima Adela Gini, que murió en el edificio que hoy ocupa el hotel Plaza, de fiebre amarilla.

La enorme araña de «Tacón» daba al teatro un aspecto distinto; no había oscuridad durante la representación y podía el público seguir, a un mismo tiempo, dos espectáculos, el dado por él mismo y el que se representaba en la escena.

Y había más afición. Existía la encantadora tradición del palco fijo para una familia, y el teatro era, por lo tanto, más íntimo. Fijo era el grillo de tu abuelo, el propietario de «Tacón», Pancho Marty, hijos los palcos del Marqués de Du Quesne, del Marqués de Balboa, de la familia González de Mendoza, de los Jorrrin, de Ramiro Pedroso, de los Lacoste....

Y siempre en el mismo palco brillaba la soberana belleza de Josefina Fernandina.

El mal oliente automóvil no existía. El primer automóvil lo trajo a Cuba el señor Honoré Lainé, y era una máquina bastante inestética. Recuerdo también la del pobre Santa Coloma, a la que conocíamos por la cafetera, toda pintada de blanco, que para subir la pequeña lomita de la calle de Amistad y San Miguel tenía su dueño que ponerla de espaldas. Malamente podía competir al principio con las «victorias», de curvas armoniosas, con los monumentales «landeaux» y los «via-a-vis» que arrastraban troncos de caballos andaluces o trotadores de Kentucky.

El «coupé», tan elegante en los días del invierno europeo, que semejaba un bello estuche de raso, poco se usó por la sociedad cubana. Era el coche de los médicos. Sin embargo, hubo uno en la Habana que se hizo famoso: el de los viejos Marqueses de Balboa.

La más sonada fiesta de Palacio?

—Una que dió Doña Concepción Castrillo, la generala Polavieja, como remate de un torneo de cintas que se había corrido en los terrenos de Almendares. Acudió al baile aquél, que fué suntuoso, mucho elemento

cubano.

La boda más elegante?

—La de Josefina Fernandina, regia belezza criolla con el primogénito del Marqués de Dávalos. Fué en la Iglesia de la Merced, a la una del día, y fué la única novia, que yo sepa, que ha sido aclamada por el pueblo al llegar a la Iglesia. Tal era la simpatía que despertaba entre todos aquella inolvidable y aristocrática dama. La boda más lujosa a la que yo haya asistido de noche fué la de Maria Francisco O'Reilly, Condesa hoy de Buenavista, que se casó en Guanabacoa. Fué aquella boda la más gloriosa de la villa de Pepe Antonio que tanto suena en los anales de nuestra nobleza. En aquella inolvidable villa nací, allí pasó mi niñez, mi primera juventud, al calor de los Padres Escolapios, donde me eduqué, y allí tuve mi primera novia.

¿.....?

—La sociedad que más brillo tuvo en mis primeros tiempos de cronista, fué «La Caridad del Cerro», que se clausuró al estallar la guerra separatista, y cuyo local ocupa hoy una conocida fábrica de fósforos.

Los más grandes actores que han pisado tierra cubana?

—Coquelin y Jeane Hading, actriz ésta de magnífica belleza, que impuso a las damas habaneras su peinado, en dos «bandeaux», a la «vierge». Y a propósito de peinados. En la Habana el culto de la flor es de ayer; una sola casa vendía flores, la de Sagarminaga, en Obispo, que se surtía en el viejo jardín de Chapí, en Carlos III.

El ramo de novia no existía. Lo impuse yo con una labor de años en la crónica....

Lo que entonces era objeto de cuidado y de emulación en las bodas era el peinado. Hubo un tiempo en que las mejores peinaoras eran disputadas como hoy una buena modista... Fué entonces el reinado de la famosa Pepilla Ruiz, que cobraba veinte y cinco pesos por peinar a una novia.

La primera modista que impuso en la Habana el gusto parisién, y el primer sastre que cortó «a la inglesa», fueron Madame Pouchet y Adolfo Roelandts. Y el primer restaurant que impuso el gusto europeo fué el de «Petit», tan conocido en la historia social habanera, como el célebre de Arana, especializado en platos típicamente criollos, que estaba situado donde se encuentra actualmente la casa de Carlos Miguel de Céspedes, al borde del río «Almendares». Fué allí donde saboreó el rico arroz con pollo, el gran torero Mazzantini.

Fontanills charla y charla entre sorbo y sorbo del aromático café. No queremos abusar de su hospitalidad reconocida, y nos despedimos.

El libro de Fontanills ha de cau-

sar una grata sorpresa en la sociedad habanera que tanto lo admira y estima. Será la historia de ayer, recuerdos del buen tiempo viejo, cuando frente a la histórica «Acera del Louvre» se detenían, en noches de retreta, en dos o tres hileras los lujosos carruajes, cuando todavía circulaba en nuestra ciudad la última volante de Don Nicolás Gutiérrez, cuando a las diez de la noche contemplaban los vecinos del Cerro y Jesús del Monte el paso lento del «carrito de las campanillas», donde los jóvenes que tenían novias regresaban al casco de la ciudad; cuando en la calle de San Lázaro, existían «Los Campos Eliseos» y «Baños de San Rafael», donde las familias tomaban los baños de mar. Cosas que conmueven al que las ha vivido. Recuerdos dulcemente tristes del pasado que no vuelve.

UNA ANECDOTA DE «FONTA»

Gran amigo de Fontanills fué don Pepe Jérez, cubano de reconocidos méritos, valiente, caballeroso, gentil, cuyo carácter en los últimos años de su vida fué agriándose por contrariedades y amarguras sufridas. Fontanills, pacífico y diplomático en todos los actos de su plácida existencia, veía siempre una amenaza en el fuerte carácter del inolvidable Pepe. Este le regaló una vez un hermoso canario cuyos trinos eran en las mañanas tibias de Pepe Jérez un motivo de satisfacción. «Cuidalo mucho, Enrique, ofrécele diariamente yemas de huevos duros y alpiste, pon siempre agua en su jaula, y ya verás un canario cariñoso y agradecido». Fontanills cumplió al pie de la letra, durante algún tiempo, las advertencias de su buen amigo. No pasaba un solo día sin que Jerez le preguntara a Fontanills por el canario. «Admirable, Pepe, admirable; es una verdadera maravilla», respondía Fonta a las preguntas insistentes de su amigo.

Un día alguien a quien molestaban los trinos del canario, decidió darle muerte, y consumó el plan. Puso unas yerbas venenosas en la jaulita blanca y el canario expiró. Y he aquí el grave problema que se enredó, en el cerebro de Enrique Fontanills. ¿Qué le diría a Pepe a la mañana próxima cuando éste le preguntara por el canario? ¿Qué violencia tendría Pepe para su tierna y bien conservada humanidad? A la mañana siguiente Jérez cruzó, como siempre por delante de la puerta de su amigo. Fontanills le vio llegar con sus nervios excitados; y con la dureza en la voz que era en él característica: ¿ya comió huevo el canario, querido Enrique? Fonta pudo articular: «Sí Pepe, ya comió, ya bebió y ya...» Pepe Jerez, contento y feliz, no le dejó terminar lo que iba a ser terrible revelación. Sonriendo, encantado de su regalo,

le respondió al oído, poniendo en su voz un orgullo magnífico y una sentida satisfacción: «Ya lo he oído esta mañana, me despertaron sus trinos deliciosos. Tienes una joya, querido Enrique, una joya que ha puesto en tus cuidadosas manes tu gran amigo Pepe».

No necesitamos decir que este gran caballero ignoró siempre la muerte del canario. Y he aquí como la buena estrella de Fontanills lo acompañó una vez más en su camino. En ese camino por él recorrido triunfalmente, a cuyo final acaba de llegar.

*País.  
Mayo 2/32*

